



Felipe Dugiols

D U G I O L S



Ajeno yo á la noble carrera de las armas, carezco de competencia para apreciar el mérito de Dugiols, pero juzgado está, y las palabras huelgan cuando hablan los hechos. Debo por tanto limitarme á consignar los más salientes de éstos, de los que resulte algo así como pálida semblanza dei héroe de Filipinas, destacándose en medio de una guerra de amarguras y sonrojos, cuyo origen, desarrollo y desenlace no soy llamado á examinar.

Nació Felipe Dugiols Balanzátegui en Tolosa, en 1840, pasó su juventud en Oñate, y cuando la guerra de África fué allá como voluntario, distinguiéndose por su temperamento guerrero.

Vino después nuestra segunda guerra civil, á anegar en llanto y luto á Euskaria, y en este punto sólo diré, prescindiendo de elogios de los amigos, que sus leales adversarios reconocieron en él superiores dotes de bravura, inteligencia y caballeridad.

Y entremos en la campaña de Filipinas. La ha hecho toda, desde el principio de la insurrección hasta la pérdida de la soberanía española en el Archipiélago.

Entre otras muchas acciones, merece citarse el serio encuentro que tuvo con el enemigo el día 6 de Octubre de 1896, defendiendo la cabecera de Morong con 50 guardias civiles, de los cuales la mitad se hallaban comprometidos con los insurrectos, contra más de 300 de éstos, viéndose obligado á presentarse en los sitios de mayor peligro para rehacer el espíritu de su gente y rechazar al enemigo, al que causó más de 50 bajas. En la refriega recibió una herida de bala en el vientre, pero curó pronto. El general Blanco le propuso para una cruz roja de 2.^a clase.

Al poco tiempo fué atacado el destamento de Panay, próximo á

Morong, y con un puñado de hombres puso en precipitada fuga al enemigo, causándole más de 25 muertos recogidos y salvando el destacamento.

El día 3 de Marzo del 97 tuvo lugar el encuentro del río Nanca, donde presentándose por un camino inesperado causó su columna al enemigo más de 300 muertos vistos, salvando á otra columna que salió de Manila y Mariquita por la carretera y á la cual tenían acorrallada y en tan crítica situación que pidió á la capital refuerzos, médicos y municiones. El general Zappino le felicitó con entusiasmo; esto era en tiempo de Polavieja.

Después tuvo á su batallón de cazadores n.º 9 destacado en varios puntos, y él, con una columna volante de 300 hombres, recorría los pueblos de Gapán, Manicli, Peñaranda, Papaya y montañas próximas, sin tropezar con nadie; tal era el respeto que su nombre infundía.

El 13 de Junio del mismo año, siendo Capitán general Primo de Rivera, Aguinaldo con 4000 hombres estaba fuertemente atrincherado en los montes de Puray. Fué llamado Dugiols por Primo de Rivera y le indicó la conveniencia de atacar las posiciones de Aguinaldo; Dugiols hizo algunas observaciones porque la operación, además de ser muy arriesgada por la gente que había de perderse, no parecía tener objeto práctico; insistió Primo de Rivera, diciéndole que sería secundado por otras dos columnas, y convino Dugiols en llevar á efecto la operacion señalándose día. En efecto, á las 8 de la mañana del día fijado, se presentó con sus cazadores en número de 700, á atacar de frente, inició sólo el ataque porque no habían aparecido las otras dos columnas y siguió el fuego hasta apoderarse de ciertas posiciones de donde podía causar muchas bajas al enemigo. Al vadear el río para tomar esas posiciones, le mataron el caballo, le hirieron en la cara, le rompieron el sable de un balazo, pero...—¡Adelante, muchachos!—grita con energía y corona la altura solo con su columna. A eso de las once de la mañana vió asomarse la vanguardia de una de las dos citadas columnas, mandó á sus cornetas dar órdenes indicando que flanqueara el monte, pero en vez de hacerlo así se fué al llano, bajaron tras ella los insurrectos y tuvo que retroceder, como que ya no volvió á verla Dugiols; la otra columna no pareció por ninguna parte. Entonces, continuó sólo las operaciones y obtuvo una notable victoria, desalojando al enemigo al que causó gran número de bajas y pernociando en sus trincheras, Al día siguiente recogió su convoy de muer-

tos y heridos, que ascendían á unos 80, y regresó á Manila, hallando cerca ya de la capital á la columna que no había visto desde el día anterior. Al entrar Dugiols en Manila recibió una ovación y fué llamado por el Capitán general colmándole de elogios delante de varios generales y jefes. El parte oficial de éste hecho de armas decía: «Recomiendo especialmente al Teniente Coronel Dugiols por su heroico comportamiento».

El 5 de Abril de 1898 llegó á Bayambang desde Tarlac, encontrando la estación rodeada de insurrectos, así como también ocupada la vía en gran extensión; dispuso saliera una máquina exploradora en previsión de que uno de los puentes estuviese cortado, y al llegar al punto que se proponía, le acometieron como fieras machete en mano, pero como él iba á unos 60 metros de distancia con su fuerza, mandó bajar á esta é hizo la gran sarracina. Los insurrectos se hallaban agazapados y al aproximarse saltaban como si fueran de goma. Uno de ellos se levantó tan cerca de él cuando menos lo esperaba, que si un cazador no le mete el machete armado en el fusil por el pescuezo, no hubiera podido librarse de un tajo. Enterró del enemigo más de 200 muertos, todos uniformados con ropa de guingón y franjas coloradas, con letreros que decían Regimiento María Santísima número 1; hizo poner á todos los muertos cerca de la vía para que se viesen y llegó el general Monet, Comandante general del Centro de Luzón, quien al contemplarlos y verlos uniformados y enterarse de lo ocurrido, quedó asombrado y felicitó calurosamente á Dugiols por su hazaña, (eclipsada luego por razones que se llaman de alta política, que aconsejaban se siguiera hablando—una vez cantado el TE DEUM por la *pacificación*—de partidas sueltas de Tulisanes sin importancia. ¡Lástima que luego reapareciese la verdad!) Por tal causa, no pasó este hecho de la categoría de una escaramuza ó batida ordinaria.

A raíz del desastre naval de Cavite (1.º de Mayo último), consiguieron los insurrectos poner estrecho sitio á Manila, y copadas nuestras fuerzas de dicha provincia y prisioneros de Aguinaldo generales, coroneles, etc., cortados los puentes del ferrocarril y la comunicación con la Laguna, quedó el general Monet aislado en la Pampanga y con él se hallaba Dugiols. Se levantan todos los pueblos; el general Monet quiere poner en salvo á la familia del Capitán general Augusti y, en medio de deshecho temporal, sale con ella de noche en una barca con gran riesgo de perecer ahogados en la bahía, pero llegan. En la

Pampanga había tres cañoneros y un vapor mercante. Dugiols con su columna es allí el todo; consigue que las familias españolas de aquellos pueblos lleguen á los barcos que ya estaban á la boca del río, embarca á todos y queda con su fuerza en tierra hasta el día siguiente, que en barcasas se reúne á los demás. El vapor mercante sale con 300 personas: señoras, niños, enfermos, heridos, etc., y llega sin novedad á Manila. Deciden los marinos echar á pique dos de los cañoneros y con el tercero remolcar en tres cascos 600 hombres y salen, pero antes de medio camino el cañonero no puede con los cascos y los abandona, yendo á entregarse á los americanos y pedir auxilio para los cascos. Todos los jefes venían en el cañonero y cuando, á las 12 de la noche, determinan soltar los cascos, Dugiols dice á su coronel que él no se entrega, embarca en un bote y llega á las 3 de la tarde bajo recia tempestad á una playa cerca de Manila, cuando todos le creían perdido. Al anochecer entró en Manila, presentándose en seguida al Capitan general—quien nada sabía aún y le recibió ansioso—á darle cuenta de la situación, que escuchó con pena, tomando sus medidas para la salvación de los naufragos, pero el auxilio llegó tarde, puesto que los cascos fueron echados á la costa por la gran marejada, cayendo prisionera de los insurrectos la fuerza que en ellos iba.

Un detalle: cuando en aquella noche tempestuosa embarcó á todos Dugiols y quedó él en tierra en lóbrego pantano, lo primero que hicieron las señoras al llegar al barco fué sacar un crucifijo y rezar para que no hiriesen á ese hombre, su salvador. ¡Qué hermosa recompensa!

En fin, una carta que le fué dirigida por un prisionero del cañonero que, como he dicho antes, se entregó á los americanos, empieza así: «Mi querido Teniente Coronel: si V. no se hubiera salvado, no existiría la justicia divina», y otra carta que recibió de Hong-Kong, de uno de los 28 frailes que huyeron de Pangasinan, le califica de *héroe de los tiempos heróicos*.

A los tres días de su llegada á Manila, le dió el Capitán general el mando de otra columna de 800 hombres, quedando entre las trincheras y Manila, y atacado desde luego por el enemigo, diez veces superior en número y atrincherado en formidables posiciones, supo defenderse bravamente y siempre con fortuna. Sus grandes dotes de guerrillero, vista de águila y extremada valentía, le captaron un nombre famoso, admirado especialmente de los que con él estuvieron en

la Pampanga y presenciaron la rudas acciones que tal denodado jefe dirigió.

Los combates de las poblaciones de Malolos y Barasoain (30 Mayo), Angeles (3 Junio), Bacolor (4 id.), y el 14 y 15 del mismo mes en San Matías, Santo Tomás y Santa Catalina de Minalín, así como los librados en los montes de Mangataren, Macalang y Palili, son otras tantas páginas de gloria que Dugiols puede ostentar con orgullo en su historia brillantísima; baste decir que, con menos de 800 hombres, hizo 2000 muertos á los insurrectos en aquellos pueblos, en 20 días de constante batallar. Si alguno preguntaba durante una acción por el teniente coronel Dugiols, se le contestaba: «Vaya V. donde es el fuego más nutrido, que allí está».

Por las operaciones que llevó á cabo en Mangataren propuso el general Monet al Capitán general, se le formara juicio de votación para el empleo inmediato, el general Augusti dió la orden general correspondiente, y dicho juicio de votación, aprobado por el general presidente y los dos vocales coroneles, fué remitido al Capitán general con un inmejorable y muy lucido informe. Por las otras señaladas acciones fué propuesto para tres cruces rojas sencillas de 2.^a clase, otras dos de id. pensionadas y una mención honorífica, y además para la Cruz laureada de San Fernando de 2.^a clase por el combate de Santo Tomás (Pampanga). En el expediente de juicio contradictorio para su concesión, declaran un general, un coronel, un teniente coronel, un jefe de Estado mayor, un médico, dos capitanes, tres tenientes, un sargento, el gobernador civil de la Pampanga, el juez de primera instancia de id., el registrador de la propiedad y el notario. Es un expediente honrosísimo como se habrán presentado pocos, con declaraciones muy uniformes, en las cuales todos ensalzan y enaltecen el comportamiento de Dugiols en aquella memorable jornada.

Pero Dugiols no es meramente el jefe que ejecuta órdenes de un superior, no es tan sólo el soldado bizarro que pelea, es también el estratega de los grandes recursos y del golpe de vista rápido y certero. Se le manda ir y va siempre y bien adonde quiera que sea, pero irá mejor si no se le dice por dónde y cómo ha de ir, pues es de los que pueden y deben andar solos.

Vuelve ahora á su tierra, cuando ya no tiene con quién luchar. Alto, de robusta complexión y vigoroso á pesar de sus 59 años, deferente con todos, es enemigo de la etiqueta y severo en el servicio has-

ta el punto de verse en él dos personalidades: una dentro y otra fuera del cuartel.

Los soldados y oficiales le adoran, llamándole el padre, el abuelo y el viejo. Con el enemigo vencido es generoso y nobilísimo, cuidando él mismo de los heridos con paternal solicitud.

Su modestia es verdadera y quizá haya contribuido á que la fortuna se haya mostrado con él algo avara en recompensarle, pero no cabe dudar que se le hará justicia, hallándose en ello interesados el buen nombre y prestigio del pundonoroso ejército español.

He presentado sus hechos de armas en términos escuetos, que juzgo para el caso los más elocuentes, dejando los comentarios al lector.

Para terminar: cuanto dejo dicho no es solamente eco de lo publicado por los periódicos de Manila, que le han dedicado entusiasmas y merecidos elogios, sino que se halla comprobado por cartas que obran en mi poder.

Al leerlas, no he podido menos de hacer, como euskalduna, lo que cualquiera en mi lugar hubiera hecho: invitar á todos mis paisanos, sin distinción de opiniones políticas, para que unidos recibamos y obsequemos dignamente á quien de tal suerte se ha conducido y tanto nos ha honrado.

ANTONIO ARZÁC.

San Sebastián, Febrero de 1899.

